

La Cesta Mágica de los Tesoros





Érase una vez, en un aula llena de risas y juegos, una niña llamada Lía. El maestro había colocado una cesta muy especial en el rincón de los descubrimientos. No era una cesta cualquiera; era la Cesta Mágica de los Tesoros.

Un día, Don Búho Sabio, que vivía en un cuadro de la pared, bajó de su rama y guiñó un ojo a Lía.

—Hoo, hoo, pequeña Lía —dijo Don Búho con voz grave y suave—. Nuestra Cesta Mágica está casi vacía. Necesita un gran tesoro para empezar este nuevo proyecto.

—¿Y qué tesoro necesita? —preguntó Lía, mirando dentro de la cesta.

—Necesita el color más valiente, el color de la alegría y la fuerza —respondió Don Búho, abriendo sus grandes ojos—. ¡Necesita el color ROJO!

Lía se emocionó. Nunca había pensado en el rojo como un tesoro. Don Búho le explicó:

—El rojo es un color muy importante. Es el color de las fresas más dulces, el corazón de las manzanas, la capa de Caperucita y la nariz brillante de un payaso. Es el color que nos dice "¡Alto!" en el semáforo y "¡Te quiero!" en el día de la amistad.





—¡Es un color superespecial! —exclamó Lía.
—Así es. Y ahora, tu misión será buscar objetos de color rojo para
llenar la Cesta Mágica. Pero no tienen que ser juguetes. ¡Tienen
que ser verdaderos tesoros!
Cosas que se sientan diferentes, que hagan ruido o que sean
suaves.

Lía se puso manos a la obra. Buscó y buscó, y pronto encontró:
Una cuchara de plástico de su mamá, de un rojo brillante.
Un trozo de tela suave, ¡rojo como un tomate!
Una piedra pequeña que parecía tener motas rojas.
Un lazo de pelo rojo que hacía shhh al moverlo.



Con cada objeto rojo que encontraba, Lía sentía que la Cesta Mágica estaba más contenta. Cuando terminó, todos los objetos rojos estaban juntos: el rojo fuerte, el rojo oscuro, el rojo brillante.
Era la primera colección de tesoros de la clase.